

la obra de pablo neruda

DISCURSO DEL DOCTOR
KARL RAGNAR GIEROW,
MIEMBRO DE LA ACADEMIA SUECA

Majestad, Altezas, señoras y señores:

Ningún gran escritor gana brillo con un Premio Nobel. Es el Premio Nobel el que gana brillo con quien lo recibe, si se ha elegido al adecuado. Más ¿Quién es el adecuado? Según el testamento de Nobel, el galardón debe premiar obras de “sentido ideal”. Lo espinoso de la prescripción es que no constituye lenguaje ordinario. Cabe, por ejemplo, trabajar en circunstancias poco ideales. Cabe, según la hipótesis de Oscar Wilde, ser un marido ideal. El término indica lisa y llanamente algo que corresponde a esperanzas razonables. Más no basta para un Premio Nobel. Antaño, y aún por el tiempo de Nobel, detenataba el vocablo, además, un sentido filosófico. Por “ideal” entendíase algo que existe sólo en la propia imaginación, nunca en el mundo de los sentidos. Puede que ello sea cierto del marido ideal, pero no, en cambio del Premio Nobel ideal.

El espíritu del testamento de Nobel dice a las claras en lo que él pensaba: la obra galardonada deberá ser de provecho a la Humanidad. Con lo cual no hemos adelantado gran cosa. De provecho es toda obra digna de tal nombre, toda obra literaria de aspiraciones elevadas, y, a la par tantas más que no aspiran a otra cosa que a una carcajada liberadora. La interpretación del requisito testamentario es tan rica en posibilidades que no nos saca de dudas. Uno de los contados casos en que cobra sentido preciso es, empero, el del galardonado con el Premio Nobel de Literatura de este año, Pablo Neruda. Su obra es de provecho a la Humanidad. No en los términos más generales, sino justamente por su sentido me incumbe aquí exponer en breve este sentido. El empeño es imposible.

Resumir a Neruda en una frase es como capturar cóndores con cazamariposas. Neruda “in nuce” es la inútil pretensión: la pulpa revienta la cáscara.

Pese a ello, cabe en cierta medida describir dicha pulpa. Lo que

Neruda ha conseguido en su poesía es, dicho en cifra, la Comunión con lo existente. Parece fácil, y es uno de nuestros más arduos problemas. Neruda mismo, en una de sus "nuevas odas elementales", de 1956, lo ha precisado en la fórmula "acuerdo con el hombre y la tierra". El sentido de su obra, que con tanta propiedad cabe llamar ideal, lo revela el camino que lo ha llevado a tal armonía: su arranque fue lo opuesto: reserva, introversión y disonancia.

Tal sucedió en la lírica amatoria de su mocedad. Estos "Veinte poemas de amor y una canción desesperada" pueden darnos, de paso, una idea de aquello que la poesía de Neruda representa para el común de las gentes de su lengua. Se les ha puesto música una y otra vez, se los canta por doquier, a menudo sin saber quien los haya escrito, y su versión impresa ostenta una marca mundial: hace ya un decenio tenían alcanzado el millón de ejemplares. Mas los encuentros que van descritos en tales cuadros de una belleza obesa y sombría, son entre dos humanos extraños uno al otro en la helada niebla de un crepúsculo. "La canción desesperada" que cierra el ciclo, contiene, cual estribillo de copla, el verso recurrente "todo en tí fue naufragio", y desemboca en la expresión «es hora de partir, oh abandonado» a una comunión con lo existente, no conducía aún la singladura del abandonado, antes, más y más lejos cada vez. Y en la siguiente gran obra "Residencia en la tierra", sigue hallándose solo "Entre materias desvencijadas". La conversión llegó en España, y lo hizo como por paradoja. Fue como si la reserva se quebrara, como si la liberación de los presagios fúnebres surgiera y la vía hacia la fraternidad quedase abierta al ver a amigos y hermanos en la poesía, entre ellos él para el entrañablemente querido García Lorca, encarcelados y llevados al Matadero. Halló la comunión con los oprimidos y perseguidos. Volvió a encontrarla al regresar de la España de la Guerra Civil a su propia Patria, tullida y aherrojada desde los días de la conquista, y a la sazón presa indefensa de un conquistador de estos tiempos. Pero en la identificación de este territorio del terror arraigaba a la par la certidumbre de sus riquezas, el orgullo de su pasado y la esperanza de su porvenir, que él veía esplender, a modo de espejismo, allá lejos, al Este. La poesía de Neruda se tornó así política y, cada vez más, canto de lucha y voz de alerta al servicio de un ideal de reivindicación y futuro, notablemente en el "Canto General", su obra culminante hasta entonces, algunas de cuyas partes fueron escritas a salto de mata en sentido más que figurado: cabalgando de escondrijo en escondrijo, perseguido en su propia tierra por no más infracción que a una idea: La de que aquella tierra suya le pertenecía a él y a sus compatriotas, y que no es lícito vulnerar la dignidad de ser humano alguno.

Esta descomunal obra —quince cantos con, en total, unos doscientos cincuenta poemas— no es sino una gota en la riada por todas las márgenes salida de madre, de la producción de Neruda. Tan impulsivo desbordamiento lírico aclara innegables diferencias de nivel, pero

puede a la par suscitar la sospecha de que el tumultuoso ritmo de la creación obedezca a una inadvertida o ignorada exigencia de más e interior sosiego que hubiera rebalsado tan pujante caudal de inspiración y de efusiones. La cuestión es hasta qué punto es oportuna aquí tal exigencia. La obra de Neruda es verbo creador, en ella un trozo del planeta accede a la conciencia. Todo está por decir, todo por descubrir, y ha de ser sacado a la luz del día. Pedir medida y reposo a tal inspiración es como demandar orden y concierto a una selva tropical o exigir moderación a un volcán.

Lo inabarcable que dificulte constatar lo mucho que Neruda ha dejado a su espalda tanto política como personalmente. Uno de sus ciclos poéticos recientes se llama "Estravagario" título que todos pueden entender y ninguno traducir, puesto que el vocablo seguramente es nuevo. Implica a un mismo tiempo extravagancia y vagabundaje, capricho y escarceo. Porque a partir del "Canto General" el camino fue aún más largo, y estuvo lleno de experiencias decisivas, enriquecedoras o amargas. Ellas lo llevaron a un nuevo trato con las cosas, substancia de la vida y a un nuevo trato con la incierta esperanza de un futuro, meta de la vida. El territorio del terror resultaba no estar empleado en un solo cuadrante de la rosa de los vientos, y Neruda vio esto con la genuina indignación de quien se siente objeto de un engaño. El ídolo antes ensalzado; omnipresente bajo la especie de aquellas "estatuas estucadas de bigotudo dios con botas puestas" aparecía ahora a una luz cada vez más despiadada, y la semejanza de arreos y comportamiento entre las dos figuras caudillesscas que él llamó sin más, "El Bigote" y "El Bigotito", iba tornándose cada vez más patente. Pero a la par se vió llevado él mismo a una nueva actitud ante el amor y la mujer, ante el origen y la perduración de la vida, tal vez expresada del modo más bello en una obra maestra más, de estos últimos años, "La Barcarola". Adonde haya de llevar la singladura de Neruda nadie se atreverá a decirlo. Pero el sentido es el expuesto: Acuerdo con el hombre y con la tierra. Y seguiremos con expectación no disminuida este notable quehacer poético, que con la desbordante vitalidad de un continente en despertar semeja uno de sus ríos más pujantes y majestuosos; cuanto más cerca de la desembocadura y del océano.